

Manuel Rivera
Director-IIPS

Cambia, todo cambia...

Una sentencia categórica, materializada en la expresión del insigne filósofo griego Heráclito: *"en los mismos ríos entramos y no entramos, (pues) somos y no somos (los mismos)"* ... nos conduce a comprender que todo, absolutamente todo, cambia en la vida, en el tiempo y en el espacio.

A pesar de que algunas propuestas filosóficas o teorías sociales pretendan minimizar el sentido del cambio, indicando que toda acción es cíclica y por lo mismo, todo responde a la existencia de leyes naturales y principios generales que determinan al ser individual y al ser social, estableciendo una especie de rutina que fundamenta en sí misma la acción, no ha sido posible, en dichos ámbitos de discusión, corroborar la recurrencia de condiciones que lapiden las dinámicas individuales y sociales, factibles en el espacio, quizás, pero no en el tiempo.

Al amparo de la expresiones más conservadoras, que consideran el cambio como algo negativo, fatal y pernicioso, se ha pretendido y se han anulado las potencialidades y las expectativas que encierra dicho proceso, enarbolando una cruenta lucha en contra de quienes a partir de la experimentación, el emprendimiento y, por qué no decirlo, del aburrimiento, han propuesto nuevas e interesantes alternativas para la superación de obstáculos, o para la innovación de todo tipo de herramientas que presuponen adelanto, crecimiento y desarrollo.

Si bien es cierto que todo cambio, por mínimo que sea, regularmente aterra a quien lo genera o a quien lo recibe, ya sea por el beneficio o perjuicio que produce, también es cierto que la intención de frenar el cambio muchas veces es y ha sido una estrategia cotidiana, perpetrada por aquellos cuyas zonas de confort han sido o pueden ser alteradas.

En este sentido, es común identificar a individuos o sectores que buscan, a toda costa, permanecer en las condiciones en las que han subsistido o, peor aún, insertarse dentro de procesos de oposición al cambio con el afán de perpetuarse para seguir satisfaciendo sórdidos intereses.

Cuando esta situación se evidencia en la academia las consecuencias suelen aún ser más nefastas. El acomodamiento de todos y en todos los ámbitos del desarrollo de los procesos de enseñanza-aprendizaje y extensión universitaria, por ejemplo, forja un escenario inmutable, irrelevante y lúgubre pero, sobre todo, irracional.

Es muy común identificar en algunas unidades académicas de la Universidad de San Carlos de Guatemala, este funesto panorama, los orígenes del mismo: la politización de la academia y la recurrente sub valoración que muchos docentes, administrativos y alumnos dan a nuestra universidad.

Con nuevas autoridades en la cúpula de la administración de la San Carlos, las expectativas e "ilusiones" para que se le devuelva a la única Universidad estatal guatemalteca el status de conspicua supone y exige retos ingentes y sólidos.

No es una tarea fácil, los frentes de lucha ya están es escena. Por un lado, los eternos acomodados, los "politiacadémicos", los granjeadores de los recursos económicos y financieros de la U; por el otro, los que pretenden obtener el botín y sustituir a los anteriores; y, por último, los que creen que sí es posible rescatar o, al menos, iniciar un proceso de cambio que justifique y le dé solidez al "Id y enseñad a todos" con todas las acciones que ello implica. Nuevamente, el tiempo será quien ayude a dilucidar ésta y otras tareas pendientes.

